

11-5-2018

CONCURSO DE RELATOS

La amistad perdura siempre

Tomás Díaz Vivas

Pífanos

La amistad perdura siempre

El reencuentro

Se lo había comentado un compañero de dominó un día que tomaban café después de la partida:

—Me he enterado de que se ha creado una Asociación de Huérfanos del Ejército. Me han dicho que se reúnen anualmente para hablar de sus cosas en ciudades donde hubo un colegio de huérfanos y que este año es en Cáceres. Según me has dicho, tu estuviste estudiando en uno que había en Carabanchel al morir tu padre, ¿por qué no vas? Seguro que te encontrarías con muchos de tus antiguos compañeros.

—No creo que queden muchos —contestó Ramón—. Han pasado demasiados años. Además, si alguno queda, seguro que ya ni me reconoce. Yo era muy delgado y tenía mucho pelo, y ahora ya me ves: con tripa y calvo.

—Eso no importa, el tiempo pasa para todos —le dijo Pedro, que así se llamaba su amigo—. Tú vas, te presentas, y alguno habrá que, como tú, ya no será igual físicamente, pero al que reconocerás seguro tan pronto como se identifique. Siempre te he tenido algo de envidia por las aventuras que, como «Píñano», has vivido. Recuerdo una que me hacía mucha gracia y que demuestra un compañerismo que ya solo se ve en las películas. Es aquella en la que uno de tus amigos ganó un par de zapatos Gorila que daban como premio al mejor alumno del mes, y que tan pronto los recibió, y a pesar de las penurias que me has contado que pasabais, los vendió en el Rastro para invitaros a los amigos a unas raciones de calamares y berberechos en el bar Cambados que había en General Ricardos.

—La cuestión —dijo Ramón rascándose la calva—, es que no sé cómo ponerme en contacto con ellos.

—Hombre, Ramón, no creo que eso sea tan difícil. Teclea en Google «Asociación de Huérfanos del Ejército» y seguro que allí tienes toda la información que necesitas.

—Pues me parece que sí, que lo haré en cuanto llegue a casa.

La amistad perdura siempre

Llegada al Hotel

Ramón llegó en coche al Hotel Barceló de Cáceres. El viaje había sido bueno e iba sólo —se había quedado viudo hacía tres años— y pensó que el ver a sus antiguos compañeros y recordar viejos tiempos quizá le mitigara la amargura en la que vivía desde que murió Luisa, su mujer. Las reuniones de los jueves para almorzar y jugar al dominó con sus amigos en el Hogar del Jubilado de Zamora, apenas le servían para aliviar por unas horas la soledad en la que se encontraba desde entonces.

En el hall del hotel se encontró con distintos grupos hablando animadamente entre sí. Se dirigió al mostrador para hacer la confirmación de su reserva.

—Hola, soy Ramón Hernández y tengo reservada habitación para el encuentro de los Pínfanos.

Al oír su nombre, una persona que estaba al lado recogiendo su maleta, exclamó:

—¿Tú eres Ramón Hernández Rivadabía?

—Sí, ¿quién eres tú?

—Coño, ¿no me reconoces? Soy Amador, el Chispa.

—Joder, el Chispa. La verdad es que sí, ahora que lo dices sigues igual. Un poco más canoso, pero con la misma cara de cachondo que tenías entonces.

—¿Qué es de tu vida? —le preguntó el Chispa.

—Pues nada, chico, me casé, tengo tres hijos, varios nietos y estoy viudo desde hace tres años. Vivo en Zamora... —y así continuaron un rato hablando animadamente de sus cosas.

—Ven, le dijo El Chispa. ¿Te acuerdas de Romerito?

—Claro que me acuerdo. Aún recuerdo el día en que le pillaron copiando y dijo que sólo estaba mirando la lista de cosas que le había dicho su madre que tenía que hacer cuando llegara al colegio.

La amistad perdura siempre

...Y así, acompañado del Chispa, fue pasando Ramón de grupo en grupo hasta que finalmente pasaron al comedor para celebrar la Cena del encuentro.

Misa de Hermandad

Plenamente integrado ya en el grupo —efectivamente, se había encontrado con más compañeros de los que pensaba— y después de visitar el casco antiguo de Cáceres y de tomarse un gin-tonic con ellos hablando hasta las tantas de la madrugada, se acostó Ramón pensando en Luisa. Como cada noche al meterse en la cama notó el frío de su ausencia, y extendiendo su mano hacía el costado que durante tantos años estuvo ocupado por ella, dio dos palmaditas a la almohada y le deseó buenas noches al tiempo que le enviaba un beso al cielo.

Al día siguiente, domingo, se fue Ramón a la Misa de Hermandad que se celebra todos los años en recuerdo de los Píñanos fallecidos.

Este año era en la Iglesia de San Juan, en pleno centro de Cáceres.

Como hacía siempre que iba a un sitio desconocido, se había molestado en mirar en Wikipedia la historia de la Iglesia:

Estilo gótico, construida en el siglo XIII, aunque no se terminó definitivamente hasta el XVIII después de varias reformas. Era conocida popularmente como San Juan de los Ovejeros por celebrarse en su entorno las ferias de ganado de la época...

Entró y se sentó en un banco que daba al pasillo central. La iglesia estaba llena de los fieles habituales a los que ese domingo se les habían añadido ellos, los Píñanos. Todo transcurría con normalidad hasta que, a la hora de la Comunión, oyó algo que él había cantado muchas veces cuando era pequeño. Escucharlo de nuevo le hizo sentir un nudo en la garganta al recordar cuando, cogido de la mano de su madre y con el frío calándole hasta los huesos, iban a misa los domingos. La letra decía así:

*Oh, buen Jesús, yo creo firmemente
Que, por mi bien, estás en el altar.*

La amistad perdura siempre

*Que das tu cuerpo y sangre juntamente
Al alma fiel en celestial manjar*

Ver a aquellas personas mayores —ya sólo van a misa las personas mayores— arrastrando los pies, cantando con las manos juntas, las espaldas encorvadas y huesudas y los ojos casi cadavéricos mirando al suelo, dirigirse a recibir la Santa Comunión le emocionó tanto que no pudo, ni quiso, evitar que las lágrimas resbalaran por su rostro. Siempre había sido un poco llorón, pero ahora, con la edad, y desde que murió Luisa, su mujer, cualquier cosa que le resultara emotiva era suficiente para provocar su llanto.

Mientras pensaba en ella y en lo pronto que estarían juntos —nunca tuvo muy claro lo de la otra vida, pero siempre que miraba desde el balcón de su casa a las miles y miles de estrellas que adornaban cada noche el refulgente cielo zamorano—, pensaba en que todo aquello no podía ser fruto de la casualidad: por fuerza tenía haber Alguien que estuviera muy por encima de lo que somos y conocemos.

Siguió llorando disimuladamente en la penumbra de la Iglesia, al tiempo que rezaba y daba gracias a Dios por todo lo que le había dado: estaba sólo, gordo y calvo, pero había sido muy feliz con Luisa y tenía unos hijos y nietos sanos a los que adoraba. Mientras tanto, en la Iglesia se seguía cantando:

*Espero en ti piadoso Jesús mío
Oigo tu voz que dice ven a mí
Porque eres fiel, por eso en ti confío
Todo, Señor, espérolo de Ti*

Y, por primera vez en mucho tiempo, Ramón no sintió ese dolor agudo en el pecho que le asaltaba siempre que pensaba en Luisa. Se dijo a sí mismo que mientras estuviera vivo tenía otras cosas más importantes que hacer que jugar al dominó los jueves y regodearse en la tristeza de sentirse solo el resto de la semana.

La amistad perdura siempre

Al terminar la Misa se cantó el himno «La muerte no es el Final» en honor de los Pínfanos fallecidos y de los Caídos de las Fuerzas Armadas Españolas. Esto provocó en Ramón un nuevo episodio de llanto al recordar a sus amigos desaparecidos y, sobre todo, a Luisa, la fiel compañera con la que convivió 42 años.

Despedida

Mientras se dirigía al coche para volver a Zamora pensó que ya no se encontraba tan solo. Después del encuentro de Cáceres sabía que había muchas personas que, a pesar del tiempo transcurrido, se acordaban de él y seguían siendo sus amigos e interesándose por sus cosas.

Los dos días y medio habían pasado volando. Había intercambiado su número de teléfono y dirección de correo electrónico con mucha gente, y se habían prometido llamarse regularmente para mantener viva la relación.

Al girar la llave de contacto se felicitó de que Pedro, su amigo zamorano, le hablara de la Asociación. Había supuesto una alegría inmensa para él —quizá la única desde la marcha de Luisa— el comprobar que la amistad surgida en aquellos duros años de colegio, donde tantos sacrificios pasaron para forjarse un porvenir mejor, aún permanecía inalterable entre ellos. En esos momentos se acordó de Cervantes y de cuánta razón tenía cuando dijo aquello de: Amistades que son ciertas, nadie las puede turbar.

Mientras conducía y observaba con pena alejarse el autobús que llevaba a Madrid a la mayoría de sus antiguos compañeros, un pensamiento se sobrepuso a todos los demás: ojalá el año que viene, en Oviedo, pudieran volver a reunirse de nuevo para seguir contándose sus cuitas.

¡Que así sea!